

vanidad, sonrió ligeramente; luego tomando una postura, que quiso fuera en extremo majestuosa, y que no fue mas que en exceso ridícula, se dispuso á preguntar.

## CAPITULO IX.

### El Silencio de Jesucristo.

La curiosidad, solo la frívola curiosidad, aparte de la vanidad, era lo que movía á Herodes, pero Jesucristo que vino al mundo para sembrar las virtudes, no podía ni debía halagar ni satisfacer aquellos dos vicios predominantes en el tetrarca.

De consiguiente la dignidad del Salvador estaba en no prestarse de ninguna manera á ser instrumento obligado de los vicios de Herodes, y esta dignidad bien ostensiblemente marcaba al Cristo lo que debía hacer en aquel caso.

El silencio mas absoluto entonces, no era orgullo sino dignidad, y por tanto á las preguntas y escitaciones del rey, solo habia una contestacion digna; esta contestacion no era el desprecio aunque fuera el silencio.

Jesucristo habia contestado claramente á todas las preguntas de Pilatos, pero ni con claridad ni por medio de enigmas debía responder á Herodes, porque aquel, aunque pagano, le preguntaba movido del deseo de conocer la verdad y de hacer justicia, y este le interrogaba solo con el fin de convertir al Salvador en un objeto de diversion.

Herodes, denominado Antipas, queria juzgar á Jesús

segun lo que resultara en pro ó en contra del Redentor, de lo bien ó mal que le hubiese divertido con sus palabras y con sus hechos portentosos; Pilatos, pretor de Roma, queria juzgar á Jesús segun lo que resultara en favor ó en contra del Hijo del Altísimo, de las investigaciones acerca la verdad de la acusacion. ¿Puede ser mas clara, mas evidente, mas palpable la causa del silencio de Jesucristo en casa de Herodes, y de sus contestaciones terminantes y luminosas á Pilatos?

Jesucristo se ofrecia á una muerte tan cruel como injusta por la salvacion de los hombres; daba en obsequio de los humanos toda su vida mortal, pero si renunciaba á la vida, si sacrificaba al Altísimo su inestimable existencia para salvar á los hombres, no podia sacrificar su dignidad en aras de la vanidad, y de la insania de un mentecato adornado con la púrpura real; no podia convertirse el Redentor del mundo en juglar del rey Herodes y de toda su corte, ávida como todas las cortes, de presenciar prodigios para distraer el fastidio.

Pero dejemos á un lado ya estas consideraciones, de las que nos hemos hecho cargo para defender el silencio absoluto que guardó Jesucristo delante del tetrarca de la Galilea, y entremos en accion, pues el diálogo en el salon de emperadores ha tenido comienzo ya.

Cornelio el centurion, sin moverse del lado de Jesucristo, no bien se halló en presencia de Herodes Antipas, hablóle con un respeto relativo, y decimos relativo, porque mal se avenian las cosas del tetrarca para inspirar á un hombre como el centurion un respeto profundo. Si Herodes era lo que nosotros llamamos un petimetre en el lenguaje familiar, ¿cómo habia de respetarle un hombre íntegro y noble cual era Cornelio?

— El pretor de Roma, — dijo, — envia á tu poder al acusado Jesús de Nazareth. Ha sabido que era tu súbdito, y no queriendo ingerirse en tus atribuciones, háse apresurado á enviártelo, para que tú, segun tu recto criterio y severa justicia, le absuelvas ó le condenes, conforme te parezca inocente ó criminal.

— Agradezco en el alma á Pilatos su digno proceder, y se lo agradezco tanto mas, cuanto habia ya de mucho tiempo llegado á mis oidos la fama del acusado, y deseaba conocerle. Dile á Pilatos cuánto regocijo acaba de darme, y no te olvides de repetirle que su *amigo Herodes*, desea ocasiones en que poder demostrarle el buen afecto que le inspira.

Y el tetrarca Antipas recargó de una manera particular el acento en la última frase que se acaba de leer.

El centurion sonrió imperceptiblemente, pero su sonrisa era la misma ironía, el mismo sarcasmo. Herodes no conoció el valor de aquella sonrisa, y tal vez ni acertó siquiera á verla. Aquella sonrisa significaba:

— ¡Para tal pueblo tal rey! El año pasado Pilatos mandó sofocar una insurreccion de la Galilea, sin curarse de si Herodes existia ó no en el mundo; muchos de los prisioneros de la sedicion fueron condenados á muerte por el pretor, y esta ingerencia de Pilatos en las tierras de Antipas, suscitó entre los dos la profunda enemistad que se profesaban. ¿Qué debo pensar de este rey, á quien una esteridad tan pobre le hace olvidar su dignidad, sus derechos conculcados y su poder hecho poco menos que nulo? Herodes es un niño de cien años, que debe escitar tan solo el desprecio de los hombres que se estiman; un juguete le basta para pasar de la irritacion mas profunda á la mas expansiva alegría. Á la verdad; ¡á tal pueblo tal rey!...

Y otra vez tornó el centurion á sonreir con mas profundo desprecio, aunque su sonrisa fue mas imperceptible, si cabe, que la anterior.

— ¿Y cuáles son las acusaciones que contra Jesús de Nazareth se presentan? — preguntó el tetrarca á Cornelio con gran benevolencia.

— Los acusadores te lo dirán, — contestó el centurion con visible desden, y señalando á los sacerdotes y fariseos, sin dignarse mirarlos siquiera.

El tono incisivo de la contestacion de Cornelio al tetrarca, hirió profundamente á los aludidos, por el sangriento epígrama que encerraba. Era y ha sido siempre tan vil el oficio de acusador, que el centurion no supo escogitar un medio mas á propósito para humillar á los príncipes de la sinagoga, y significarles la repugnancia y el desprecio que le causaban, y que debian causar á todo hombre honrado.

Onkelos entendió particularmente el sentido de las palabras del centurion, y no pudo menos que rechazar *en cierta manera* las palabras del romano. Y como era imposible hacerlo en absoluto, con ira reconcentrada, dijo:

— Nosotros, si somos acusadores del Nazareno, es porque debiendo velar por la salud de la patria, la salvacion pública nos obliga á lo que nuestro corazon repugna.

— Pero vosotros ¿sois ó no sus acusadores? — preguntó Cornelio con maligna intencion al fariseo.

— ¡Sí! respondió Onkelos con ira mal disimulada.

— Pues bien; Herodes, pregunta á los acusadores de Jesús, y ellos sabrán decirte cuál es su pretendido crimen, — dijo Cornelio hablando con el tetrarca.

— Bueno, bien; ya examinaremos eso á su tiempo, y puesto que los sacerdotes y los escribas se hallan presen-

tes para acusar á Jesús de Nazareth, espero que no tendrán inconveniente en mortificarse por unos instantes, mientras que yo me informo por él acusado de ciertas particularidades que deseo conocer, á cuyo fin aprovecharé la presente circunstancia.

Y diciendo esto miraba complacido á Jesús, como mira un niño el juguete que le han prometido, ó como mira una mujer el soñado aderezo de brillantes que van á regalarle.

Después, volviéndose con igual ligereza á los príncipes de la sinagoga, ya fuera para mortificarles, ya fuese también por cualquier otra razón, les dijo:

— Esperad, pues, en la antesala, á que se os llame para deponer, si es que necesito de vuestras deposiciones para formular juicio.

La indicación de Herodes no tenía réplica, y los sacerdotes, fariseos y demás enemigos de Cristo, no tuvieron otro medio que obedecer, por más que rabiaban, por más que viéndose humillados por el tetrarca, desearan vengarse. El medio de venganza les faltaba, y hubieron de resignarse, mal de su grado, aunque lo hicieran maldiciendo, y jurando, y temiendo, y desesperándose.

Cornelio, reconciliado un poco con Herodes, gracias á la humillación que de hacer sufrir acababa á los príncipes de los sacerdotes, despidióse cortesmente del tetrarca, y regresó al pretorio con las fuerzas que le esperaban en el atrio del palacio.

Jesucristo, conservando la actitud humilde y digna que en él hemos visto siempre, hallóse entonces solo en presencia del tetrarca y de su corte superficial y despreciable. Rey y cortesanos estaban tan alborozados, tan satisfechos, que no trataban de ocultar el gozo que les dominaba, cosa, á la verdad, que hubiera sido poco menos que imposible,

atendida la gran sorpresa que la acción de Pilatos les causara, mandándoles á un hombre, á quien tan vivamente y con tanto anhelo deseaban conocer.

Y en esta espectación, en esta ansiedad dominó por unos momentos un silencio solemne. Diríase que Herodes no sabía por dónde empezar su interrogatorio, pues tantas eran las cosas que deseaba preguntar, y tan grande la confusión que el alborozo producía en sus ideas, ya de sí ligeras, y escasas, y pobres.

Por fin rompió el silencio el tetrarca, y con una entonación, que se esforzó por que pareciera amable, dijo al Redentor del mundo:

— Mucho celebro la ocasión que se me ofrece para conocerte, porque tenía vivísimos deseos de verte en mi presencia, para hablarte largamente, y aunque siento que llegues hasta mí tan afligido, esto, sin embargo, no es un mal incurable, puesto que tengo en mi poder el medio de rehabilitarte, de devolvarte la libertad, y de darte en distinción y honores el décuplo de lo que, según todas las apariencias, debes haber sufrido. Ten, pues, confianza en mí, y te ruego que me mires, no como se mira á un juez inflexible, sino como debe mirarse á un rey bondadoso, que desea premiar la virtud y la grandeza de sus vasallos. Con esta introducción, pues, espero que recobres el ánimo que parece tienes bastante apocado, y creo que me asiste el derecho de que me respondas á todo cuanto tenga á bien preguntarte.

Jesucristo parecía la estatua de la resignación y de la dignidad, modelada por el mismo Padre Eterno. Ni un movimiento hizo por el cual pudieran Herodes y sus cortesanos, esperar que la curiosidad que les dominaba se iba á ver satisfecha. Ante aquella impasibilidad del Cristo quedaron

bastante desconcertados, mientras que el tetrarca, tomando una nueva postura mas cómoda en el asiento del trono, siguió diciendo á Cristo :

—Tú no sabes cuanta alegría, cuanta satisfaccion me causa que en mi tetrarquía exista un hombre como tú, cuya fama no solo llena toda la Judea, sino tambien los reinos vecinos, y llega hasta los países mas remotos. Las glorias de los imperios y de los reinos son joyeles para la corona del rey, cuyo reinado ha bendecido Dios, permitiendo que se vea ilustrado con hombres como tú, que son verdaderas maravillas humanas, como las estatuas de Fidias son las maravillas del arte. Nadie, pues, con mas derecho que yo, que soy tu rey, para conocer tu doctrina, y presentiar tus hechos portentosos, pues fuera de tí á nadie redundan en tanta gloria como á mí. Sírvete ya exponernos siquiera los principios fundamentales de tu doctrina, y darnos placer obrando algun prodigio en nuestra presencia, pues que tampoco existe nadie mas interesado que yo en admirarte, y en difundir tu popularidad.

Jesucristo callaba sin dar siquiera la mas leve muestra de que habia oido las preguntas del incestuoso tetrarca. Este silencio para algunos cortesanos pecaba en historia, pero para Herodes no era otra cosa, sino el pasmo que á Jesucristo habian producido las grandezas de que se hallaba rodeado, la brillantez de la corte, el esplendor y majestad del trono, y la falta de práctica que el Salvador tenia para hablar con los grandes y potentados.

En su consecuencia pensó hacer un esfuerzo supremo para inducirle al terreno de la confianza, y siguió hablando de esta manera :

—Yo te ruego que mires en mí un amigo y no un rey; yo te ruego que mires en los que nos cercan cariñosos her-

manos tuyos, y no grandes dignatarios de mi corte. Deshecha todo vano y pueril temor, y advierte por la alegría con que eres recibido, el interés que á todos nós inspiras. Yo deseo que mi reinado sea una gloria viviente; un faro de luz que alumbre al mundo, que irradie sobre la historia, que llene de pasmo y admiracion al mismo imperio romano; por eso necesito que los grandes hombres de mi reino se reúnan en derredor de mi trono; por eso necesito que se agrupen en torno mio; que se llamen mis amigos; y á este fin deseo que tú por tu parte contribuyas á esta obra de patriotismo, haciendo de tu gloria y de mi gloria un solo cuerpo luminoso, que admire y seduzca á cuantos le vean, y haga felices á todos los que tengan la dicha de sentir el benéfico calor de sus hermosos rayos. Estas son respecto á tí las disposiciones mias, y me importa poco que tengas enemigos, y que te halles preso y maltratado; yo puedo volver mal por mal á los malvados que tan duramente te han tratado, y solo espero para hacerlo, que tú hayas explicado tu doctrina ante mí, y que la hayas confirmado con varios prodigios, de esos que la fama, con cien lenguas pregona realizas con admiracion de todo el pueblo que los presencia.

Jesucristo callaba, y no solo callaba, sino que era tal y tanta su inmovilidad, que ni siquiera daba señales de vida. Parecia, como en otra parte hemos dicho, la estatua de la dignidad modelada por el mismo Padre Eterno.

Aquel silencio tenaz, que habia sorprendido poco antes á algunos de los cortesanos del tetrarca, empezó á llamar la atencion de Herodes, bien que léjos de atribuirle á un desaire dado á la *régia majestad*, achacábalo el *coronado titiritero* á otras causas que le eran ocultas, pero que estaban muy distantes de ser las del desden ni cosa que se le pareciera.

— ¡Callas! — exclamó Herodes después de haber esperado en vano la contestación de Cristo, y sintiendo con esta contrariedad más aguzada su curiosidad. — Por cierto que tu silencio es para mí un enigma indescifrable. Te habla el rey con el lenguaje del amigo y no le contestas, te hace lisonjeras proposiciones y no las aceptas; te promete librarte de la muerte y esta promesa de tan grande trascendencia para tí, no merece ni una palabra de tus labios. En verdad que no comprendo tu silencio, y te ruego de nuevo, que despliegues tus labios para contestarme á las preguntas amistosas también que voy á dirigirte. Quizá sea más afortunado en este punto que no lo he sido en los anteriores, y por cierto que si te pregunto lo que pretendo, no es para otra cosa sino para subsanar una falta de mi padre.

«Dime, pues; ¿hace cosa de treinta y tres años que Herodes el grande, sabiendo que unos reyes del oriente habían ido á adorar á un niño nacido en Belén, y que la fama y hasta el mismo cielo, al parecer, proclamaban por rey de los judíos, y por el Mesías vaticinado, suplicó á dichos reyes le llevasen nuevas del lugar donde el niño prodigioso había nacido, para que pudiera ir también á adorarle: los tres orientales se lo prometieron, pero faltaron á su palabra, y entonces indignado mi padre, mandó pasar á degüello á todos los niños menores de dos años que existieran en Belén y sus alrededores. Justo fue el acto de mi padre, porque necesitaba vengar de una manera ó de otra su dignidad vilmente ultrajada por los orientales, mas fue una medida de rigor en la que inocentes criaturas purgaron con su muerte faltas de los otros. Ahora bien; si tú fuiste el niño que los orientales vinieron á adorar, contra tí se dirigió principalmente la severa medida de mi padre; y yo deseo subsanar la falta premiándote, ora hayas re-

sucitado, ora pudieras eludir la persecución violenta contra los niños, ordenada por Herodes el grande. Dime, pues, te ruego: ¿fuiste tú el niño que los reyes orientales vinieron á adorar? Si lo fuiste, ¿de qué manera providencial evitaste que la cuchilla de mi padre te degollara como á otros tantos? Si no pudiste evitar la persecución, y caíste víctima como un hermanito mío, ¿por qué manera más prodigiosa aun has logrado volver á la vida? Si no eres tú el niño por quien te pregunto ¿dime si fue Juan el Bautista? ¿Dime si tú eres ese mismo Juan, que has salido de la región del sepulcro para llenarme de pasmo, y para hablarme de las grandezas que contiene la otra vida?... Te ruego que me contestes á estas preguntas, y advierte que quien te ruega, es el mismo que puede con una sola palabra, así llevarte al afrentoso patíbulo, como colmarte de gracias, de distinciones y de mercedes.

Herodes, que tan vilmente mintiera al hacer la historia del degüello de los inocentes, pensaba sacar de Jesús con la amenaza, lo que no pudiera conseguir por medio de promesas y de halagos, pero el Cristo, que se mostró indiferente á estos, no dió tampoco importancia alguna á las primeras. En su consecuencia tampoco Herodes obtuvo por esta vez la contestación que deseaba tan vivamente.

Después de algunos momentos de espera, y viendo que el Redentor divino permanecía siempre mudo, impasible siempre, aquel rey de farsa, aquella testa coronada, que sabía llevar menos la corona de lo que saben llevarla los aficionados más vulgares al arte de Talía, empezó á mirar con extrañeza al hombre que tenía delante; á aquella existencia particular, para quien ni la amenaza del patíbulo, ni las grandes promesas, ni las reiteradas súplicas de un rey, ponían en el caso de desplegar sus labios para proferir una palabra.

Hombre á la verdad extraordinario, debia parecer Jesucristo lo mismo á Herodes, acostumbrado á ver obedecidas puntualmente sus órdenes y ruegos, como á los cortesanos, acostumbrados á su vez á hacerlo todo por amor á las recompensas, y á la privanza del rey, que era sin disputa una carta blanca para todo.

Efectivamente, Jesucristo parecia un ser extraño, tal vez loco, á unos hombres como el rey y sus cortesanos, porque como todo lo acomodaban á su propia conducta, no llegaban tampoco á comprender como podia existir un hombre diferente de lo que ellos eran, un hombre para quien ni las recompensas halagaban, ni la muerte mas cruel y afrentosa intimidaba.

Herodes luchaba en la indecision. No sabia si irritarse tomando por un desprecio la conducta noble y digna de Jesús, ó si echarse á reir á grandes carcajadas, considerando que los judíos habian tomado á un loco por un sedicioso, por un grande criminal de estado.

Inclinóse á creer esto último, porque era lo que mas halagaba su excesiva vanidad. Él no podia suponer siquiera que en nada tuviese Jesucristo su tan decantada y régia autoridad; le era mas grato pensar que habia sido tan linco, que habia descubierto locura, pura locura, en aquello donde los de la sinagoga creian hallar ideas trastornadoras, y un mentecato en el hombre que los sacerdotes acusaban de terrible sedicioso.

Y despues de haber concebido esta idea, dióla luego por buena, encareciósela á sí propio como un prodigio de habilidad, y como un poderoso efecto de su *gran talento*. Luego se echó á reir á grandes carcajadas, que poco se avenian por cierto con su pretendida gravedad.

Los cortesanos, que no sabian el por qué de la alegría

de su señor, diéronse á reir tambien por imitarle, al mismo tiempo que se preguntaban el por qué de aquellas tan alegres y risueñas carcajadas, carcajadas que llegando á la sala donde los enemigos de Cristo esperaban, llenáronles mas y mas de despecho, de temor y de desesperacion.

Por fin, cuando Herodes pudo hablar dijo:

—Que entren los que esperan en la antesala, y por la memoria de mi padre, que se han de llevar un no pequeño chasco, viendo que me han traído aquí, en vez de un pavoroso criminal á un pobre orate que ahora ha dado en la manía de no soltar una palabra... ¡Já! já! já!... ¡Qué hombres, qué políticos, qué talentos tiene Judá!... Que entren, que entren... Quiero solazarme un rato oyendo sus acusaciones, porque debe ser cosa divertida ver la formalidad con que esos rabinos acusan á un pobre loco inofensivo, como lo es Jesús de Nazareth... Que entren, que entren luego... ¡Já! já! já!... ¡Si Herodías se hallara aquí!... ¡Qué lástima que Herodías no se encuentre en Jerusalem!... La extrema sagacidad de esos rabinos tan hinchados la divertiria mucho!...

Y como los cortesanos ya sabian el motivo de la risa de su señor, rastreros cual ellos mismos, aun cuando algunos no atribuian á locura el silencio de Jesucristo, aplaudieron á cual mas el *descubrimiento* que Herodes acababa de hacer, porque el destino de ciertos cortesanos, cambiando los términos del oficio, es el de las cortesanas, esto es: contribuir á la alegría de quien pagándolos con honores y riquezas los deshonna; en una palabra, venderse á quien los paga para que le adulen, muchas veces sin saber el que los compra, que los compra para que le mientan.

Preciso es confesar que á veces existen honrosas escepciones, pero estas escepciones son mas claras aunque las

pascuas, como vulgarmente se dice. Por eso los nombres de esos seres esceptuados y raros, pasan siempre á la historia, y muchas veces la posteridad contempla en ellos á los mártires de la verdad... Mas sea de esto lo que se quiera, y como en la corte de Herodes no existia, y es mas, no podia existir una escepcion semejante, todos aquellos envilecidos cortesanos se echaron á reir con gana ó sin ella, con el solo fin de lisonjear á su señor, y zaherir á los magnates del Sanhedrin, que siendo enemigos del rey, eran tambien enemigos suyos.

Pero antes de verse estos introducidos de nuevo en el salon de emperadores, el tetrarca dijo á su corte:

—Por el buey Apis os conjuro que contengais la risa tanto como os sea dable, cuando yo interrogue á los majaderos que van á penetrar aquí, porque si empezamos á dar muestras de nuestra alegría, la sesion será interminable, y nunca lo bueno puede ser largo, porque de no ser así, acaba por carecer de interés.

—Vuestros deseos se verán cumplidos, — respondiéronle los cortesanos tomando un aire sério y grave, aunque no tan grave ni sério, que no se descubriera á través de ello su hilaridad, como se descubre una luz que pretende esconderse con una gasa muy clara.

Y esto ya lo hicieron los cortesanos á propósito. Convenia parecer graves por una parte, pero por otra convenia tambien que Herodes notara, que sus cortesanos hacian esfuerzos sinceros ó aparentes para contener la risa.

En esta disposicion penetraron en el salon los príncipes de la Sinagoga. Su visible despecho contrastaba notablemente con el visible regocijo de los áulicos del tetrarca.

Este les preguntó:

—Y bien: ¿qué teneis que decir contra *este hombre*?

El modo de preguntarles Herodes no era por cierto ni el mas propio del acto, ni de la persona, pero era el mas natural al tetrarca, y no era tampoco cosa que este se violentara en poco ó en mucho, para hablar con unos acusadores que despreciaba tanto.

Por mucha informalidad que los judíos enemigos de Cristo esperaran, nunca pudieron creer que llegase á tanto, y esto hizo temer mucho por el buen éxito de sus malvados deseos á Caifás, á su suegro, y al maldito Onkelos.

Sorprendidos estos por la pregunta del tetrarca, miraron como para consultarse sobre lo que debian contestar, y pensaron que lo mas acertado era dejar á un lado las acusaciones de que hasta el presente se habian valido, y tomar otras que interesaran á Herodes, escitando sus pasiones contra el Cristo.

Esta idea acudió á los tres personajes ya citados, á un mismo tiempo y en la misma forma, cual si el mismo demonio se la inspirara á los tres. Pero, ¿cuál era el medio de que podian echar mano para acusar con éxito á Jesús delante de Herodes? Este medio, atendido el carácter frívolo del tetrarca, debia ser necesariamente personal; debia referirse al mismo Herodes; debia herirle en mitad del corazon; debia, en una palabra, escitar sus aletargadas pasiones, que por tan escasos momentos se hallaban en él en estado de somnolencia.

Y esto era una nueva prueba de la inocencia inmaculada del Salvador, prueba que daban al mundo, y á sí propios, los implacables enemigos del Cristo. Esta eterna divagacion, esta manifiesta inestabilidad en las acusaciones, revelaba bien á las claras que la muerte del Redentor era obra, no de la justicia, sino de la venganza de un pueblo abyecto y degradado, regido por unos hombres que no ado-

raban otro dios que sus desencadenadas y turbulentas pasiones.

Disimúsenos si insistimos tantas veces en este punto de nuestra obra, porque es un punto capital, es un punto en que se basa la redencion humana, es un punto en el que se dilucida la inmaculada inocencia de mi Dios y Salvador, y yo que escribo su Pasión dolorosa, yo que me honro con el título de cristiano y de católico, no puedo dejar de ocuparme, siempre que la ocasion se me presente, en la vindicacion de la honra, de quien ha dado toda su vida y toda su sangre para redimirme. Cuanto mas clara aparezca la inocencia de Cristo, tanto mas evidente se demuestra su voluntad de morir por los hombres, y tanto mas grande y divino aparece el cruento sacrificio, consumado y ofrecido desde el ara santa de la cruz.

Pero volvamos á Herodes y á los malvados príncipes de la sinagoga, que por medio de aquella mirada se han puesto de acuerdo, en el punto por el cual pueden acusar con éxito al divino Redentor.

Herodes, sea que se hallara impaciente, ó sea que quisiera mortificar á los enemigos de Jesús, viendo que no le contestaban desde luego á la pregunta que les dirigiera, repitióles con agriedad la misma pregunta, añadiendo luego las siguientes palabras:

—Y bien, ¿no contestais?

Anás le respondió:

—Es que no nos atrevíamos á acusar á ese malvado de los crímenes y delitos que ha cometido, porque podian herirte en lo mas delicado del corazon y de la honra.

—¿Y quién os ha puesto á vosotros por celadores de mi honra? Á fe mia que vuestro interés por mí es bastante sospechoso; mas sea lo que se fuere, sabed que para velar

por mi honra me basto y sobro, y por consiguiente podeis decir todo lo que vuestra conciencia ó vuestro interés os dictaren en contra del Nazareno.

—Pues bien; juzga tú mismo, Herodes;— dijo Anás con tono resuelto.—Nosotros que tan sospechosos te parecemos, hemos llegado á descubrir que el Nazareno se habia convenido con el Bautista, para hacerte pasar públicamente por un incestuoso, puesto que vives con Herodías, la mujer de Felipe tu hermano, y por un adúltero, puesto que haces vida comun con la mujer que no es la tuya. Nosotros hemos descubierto la existencia de estos tratos tan secretos como bochornosos para tí, y le acusamos de ello ante el tribunal de tu honra.

Anás acababa de llevar la procacidad y la audacia hasta el último extremo. Habia querido dar una tremenda bofetada al tetrarca, mas que acusar al Salvador, pero el tetrarca entendiendo la intencion del sacerdote, podia tambien acordarse de que era hijo de Herodes el grande, llamado así acaso por sarcasmo.

El tetrarca montó en cólera; miró fieramente al viejo pontífice, y en tan apurado trance, valióle al último la serenidad que demostraba, pero que no tenia. Aquella serenidad aparente contuvo la esplosion de las iras del tetrarca, y solo Dios sabe el por qué no cayó allí mismo la cabeza de Anás y la de todos sus compañeros.

—¿Y quién te mete á tí á juez de mis acciones, ruin sacerdote, ó mejor te diré, vil gusano de la tierra?— preguntóle el tetrarca con mal enfrenada ira.

—Yo no te juzgo; y si tú no me hubieses autorizado para hablar en este sentido, me hubiera guardado mucho de hablarte de semejante manera. Me preguntas de que acuso al Nazareno, y al formular los términos de la acusa-

cion, montas en cólera y me insultas indignamente: dime, pues: ¿tengo yo la culpa de que el Nazareno te haya ofendido tanto?

— Anás; — contestóle Herodes enfrenándose, pero con tono amenazador. — Tú eres un zorro viejo, y se ha vertido mas sangre por tu causa, de la que se necesitaria para ahogar en ella á todos tus ascendientes y descendientes, á contar desde el padre Adan hasta el fin del mundo, pero á pesar de tus astucias, no seria cosa difícil verte caer en la trampa, y lo será aun menos, que sea yo el que prepare y disponga esa trampa de que te hablo. Es muy espuesto jugar con el leon, porque al fin acaba la paciencia por muy noble que sea. No sé si tú y los tuyos me habeis entendido, y será bueno que os esforceis en hacerlo por la cuenta que os puede traer.

Los acusadores de Cristo se convencieron de cuán arriesgado era el terreno en que se hallaban colocados, y desearon retroceder, porque conocian á Herodes, y sabian que aun cuando no eran súbditos suyos, era capaz de hacerlos degollar allí mismo. Cierto, que del hecho resultara una grave contienda entre Pilatos y el tetrarca, pero á los enemigos de Jesús, ¿qué podia importarles esta contienda si morian antes de tener efecto; si su muerte era causa de ella? En su consecuencia, resolvieron retroceder poco á poco hasta colocarse en un terreno mas firme, mientras que Herodes preguntaba á Jesucristo:

— ¿Es cierto lo que Anás acaba de decirme de tí?

Y como Jesucristo no ignoraba que Herodes sabia cuán falsa era la acusacion del viejo sacerdote, tampoco contestó, ni siquiera con un monosílabo, á la última pregunta del tetrarca. Por otra parte, el incesto y el adulterio del rey de Galilea, eran tan patentes y manifiestos para toda la na-

cion, que no se necesitaba, en verdad, ninguna connivencia entre Jesús y Juan el Bautista para propalarlo, cuando con general escándalo era para todos evidente y notorio.

— ¡Donoso tema es el tuyo! — exclamó Herodes dirigiéndose al Cristo. — ¿No oyes lo que estos dicen contra tí?

Jesucristo seguia imperturbable en su silencio, y el tetrarca, viendo que no obtenia ni un monosílabo en contestacion, sonrióse ligeramente con desprecio, y encogiéndose de hombros, siguió preguntando á los sacerdotes:

— ¿Qué otra acusacion, *sábios principes de Judá*; — y aquí recargó particularmente el acento de un modo irónico; — qué otra acusacion llevais contra ese orate? — El sacrilego calificativo aplicado por Herodes á Jesucristo, estremeció á los acusadores, porque se les ocurrió naturalmente la idea de que á un loco se le encierra, pero no se le condena al patíbulo. La apreciacion del tetrarca, era para aquellos malvados, la peor de cuantas se podian hacer, para llegar al resultado infernal que se proponian.

— Orate acabas de llamar al mas taimado de todos los sediciosos! — observó Onkelos: — yo te ruego que no te dejes sorprender de sus mañas, porque seria capaz de engañar al mismo Dios, si fuera posible que Dios pudiese verse engañado. Vive, pues, alerta.

— Á mí no me engaña nadie, ni los hombres, ni los tiempos; ni Jesús, ni vosotros, que en achaque de engaños sois maestros.

Duro estaba Herodes con aquellos miserables, pero era perfectamente justo. Grandes humillaciones habian sufrido en el decurso de la causa del Salvador, pero ¿podian ser todo flores y aromas las vicisitudes de aquella inmensa injusticia, de aquel crimen infinito? Estos se vengaban, pero

en aquella venganza, la mas criminal de cuantas pueden los hombres imaginar, ¿no debian encontrar tambien abrojos dispuestos por la Justicia divina, para que con sus espinas les rasgasen el alma, el corazon, y su infatuada y estraña dignidad, que ponian mas alta que su mismo corazon, que su misma alma, y que su eterno porvenir?

Por eso callaban cuando tan ruda y directamente se les heria. Dominados durante aquellos momentos por la infernal pasion que les animaba, no sentian tan desgarradoras las heridas que se les inferian, como no siente mucho de pronto un golpe, el que le recibe hallándose preocupado hondamente por una pasion ó por una idea. Despues es cuando la herida duele.

—Muy duramente pagas el interés que nos inspiras, Herodes; —continuó el malvado Onkelos; —pero aun cuando correspondas tan mal á nuestros buenos afectos para contigo, no por eso dejaremos de seguir en nuestro propósito, seguros que si no tú, nuestra conciencia nos lo pagará con la íntima satisfaccion de haber hecho una obra buena, que redunde en provecho tuyo y en bien de la patria. Á este fin te repito que no te dejes seducir por las mañas del Nazareno, porque su objeto no es otro que el de salir libre de tus manos y de las nuestras, para que á favor de la impunidad pueda continuar seduciendo al pueblo, y disponerle para levantarle en su dia contra tí, contra Roma, y contra nosotros.

«Él es el que alababa grandemente á Juan Bautista, despues que tú con justicia le hiciste decapitar; él es el que de esta manera minaba tu popularidad, para que á su tiempo pudiera hacerte caer, como cae la fruta sazónada con una ligera sacudida que se dé al árbol; él es el que en público te ha llamado raposo, y ha despreciado vilmente á

tus cortesanos, por solo el delito de ser cortesanos tuyos, y todas estas obras no son locuras por cierto, sino que obedecen á un plan perfectamente meditado, á un plan tramado con una inteligencia infernal.

—¿Qué plan es ese?—preguntó Herodes á Onkelos, con un poco mas de gravedad de la que hasta aquí hemos podido notar en él.

—El plan es tan malvado como sencillo. El labrador no arranca el árbol frondoso de cuajo sin socavarle antes, porque sabe que si no lo hiciera así, nada podria conseguir: pues bien, el Nazareno hace lo propio con tu trono y persona, de lo que el labrador practica con el árbol que quiere arrancar de raíz. Sabe que esto no le es posible sin desmereerte en el concepto en que tus súbditos te tenian, y al efecto, socava tu solio haciéndote caer unas veces en el ridículo, otras presentándote como un hombre sanguinario, y todas como un monarca frívolo, como un hombre insustancial, indigno, no ya de regir un reino, sino hasta de hallarse al frente de los negocios de su propia casa. Esto es lo que ha hecho el Nazareno; estas son las mañas taimadas de que se ha valido, para colocar tu solio y persona sobre una mina inflamada, y tú mismo, que habrás podido notar el desvío con que el pueblo te mira desde la muerte de Juan, tú mismo habrás podido notar que semejante desvío, era tan solo obra de la taimada malicia de Jesús; de ese Jesús que tienes delante, y á quien calificas de loco, porque se ha empeñado en no responder á todas las preguntas que le diriges.

Herodes estaba pensativo, mirando alternativamente á Onkelos y á Cristo. La maldita sirena habia logrado suspender la frivolidad de aquel reptil coronado.

Y conociendo Onkelos el efecto que sus mentidas é in-

sidiosas palabras acababan de producir, trató de ponerlas al remate, con las siguientes espresiones :

—Te estrañará tal vez que nosotros, poco aficionados á tu dinastía, nos demostremos tan interesados en todo lo que hace referencia á tu honor y á tu causa, pero si bien lo consideras, el paso que acabamos de dar es sincero, porque involucra no solo la salvacion de la Galilea, sino tambien la salvacion de Judá; no solo se mezclan en este asunto tu régia persona y las de tus cortesanos, sino que tambien se mezclan las de todos aquellos que por el lugar que ocupan, se hallan al frente de la Judea, y estos bien sabes que son los miembros del gran Sinhedrio, y los del colegio sacerdotal. En una palabra; si delante de tu tribunal acusamos á Jesús de delitos inferidos contra tí, es porque tu causa y nuestra causa, para solo este asunto, se funden y reunen en una, pues que el Nazareno no solo aspira al imperio de la Galilea, sino tambien al de Judá; no solo aspira á derrumbar tu persona, sino tambien las nuestras. Hé ahí la razon porque profesándonos respectivamente no mucho cariño, hayamos acudido á tí, para pedir justicia contra uno de tus vasallos que nos amenaza, y que amenaza á su rey; hé ahí, en fin, por qué hemos hecho nuestra tu causa, y por qué contra el Nazareno nos constituimos en celadores de tus intereses y de tu honra... Creo que esta mi franqueza nos habrá sincerado á los ojos de la clarísima razon.

Herodes estuvo mirando á Onkelos, como si deseara penetrar hasta el fondo de su pecho, para escrutar todos los pliegues del corazon del fariseo, pero la mirada del tetrarca era débil para tanto, y consiguió bien poca cosa, por cierto, porque como sabemos, el discípulo de Hillel era muy taimado, muy ducho en eso de aparecer impenetrable.

Ante esta dificultad, el tetrarca cambió poco á poco su gravedad en una sonrisita cáustica, que desconcertó á los enemigos de Cristo, y dijo :

—¿Qué mas teneis que decir contra ese pobre orate?

Y al mismo tiempo indicó á Jesucristo con un leve movimiento de cabeza. Onkelos, al oirle; Onkelos, que creia poco antes suya la victoria; Onkelos, que pensaba haber tejido en torno de Herodes una red inestricable, hallándose de manos á boca con la pregunta del tetrarca, hubiera deseado estrangularle, mas en la imposibilidad de hacerlo, fue tanta la rabia que se apoderó del fariseo, que no supo ni pudo proferir una sílaba mas.

El gran sacerdote, el pontífice sumo, viendo derrotados á su suegro y al fariseo, pensó que seria el mas afortunado tal vez, y al efecto se dispuso á contestar al tetrarca :

Y lo hizo así:

—Tu glorioso padre, ó Herodes, temió tanto y con tanta razon al Nazareno cuando aun era pequeño, que para desentenderse de él, hizo degollar catorce mil niños de dos años abajo. Por desgracia de Israel y de tu dinastía, el pequeño Jesús pudo salvarse, sin duda por los manejos de Satanás, que debia velar por su vida, sabiendo la conmocion y las guerras que debia traer al mundo cuando llegara á ser hombre. Este momento ha llegado; la sábia prevision de tu padre ha tenido cumplido efecto, y hé aquí ya, que no habiendo muerto Jesús siendo niño, al llegar á hombre amenaza tu trono y tu dinastía, cual lo temiera Herodes el grande. Ahora bien; sin temor de ser desmentido, puedo afirmar que todo Israel se halla sobre una mina cargada de materiales inflamables, mina preparada lenta y tenazmente por el Nazareno, y si no se le quita la vida antes de mucho, lo mas probable es que el sedicioso prenda

fuego á los materiales hacinados, que estalle la mina, y que tú, nosotros, y todo Israel en peso vayamos á parar por los aires. Tú, siguiendo la política de tu padre puedes evitar esa catástrofe, y venimos á pedirte, por tu propio interés y por la salud del pueblo, que la evites, condenando á la muerte que tan justamente le condenara tu padre, á Jesús de Nazareth.

Caifás, enorgullecido viendo que Herodes le escuchaba atentamente, pensó, como vulgarmente se dice, haber puesto una pica en Flandes, y ya empezaba á suponerse el héroe de la fiesta y el benemérito de la patria, cuando el tetrarca, con una sonrisa desesperante preguntó al pontífice:

— ¿Nada mas tienes que añadir?

— Nada mas:—contestóle el pontífice fingiendo una serenidad que no sentía, porque estaba desesperado, viendo que tambien sus esfuerzos acababan de resultar inútiles.

—Y tú, ¿qué tienes que decir para defenderte?— continuó dirigiéndose á Cristo, que imperturbable se mantenía con los ojos clavados en el suelo, y cual si fuera extraño á aquel asunto.

Y esperó unos momentos, como si durante aquella pausa deseara dar tiempo á Cristo para responder á su pregunta.

— ¡Nada! ¡Como siempre!... Se empeña en no contestar; le importa poco defenderse; lo mismo se le da parecer culpable ó no; la muerte ó la vida todo le es indiferente... Si ese hombre no está loco, si ese hombre no es un orate, juro por la vida del gran Tiberio, que todos los que aquí nos congregamos debemos estar ó soñando ó locos...

Y luego, soltando una gran carcajada, una de esas carcajadas que no sabemos por qué causa se ha dado en lla-

mar homéricas, dirigiéndose á la corte, y señalando á los príncipes de la sinagoga, dijo:

— ¡Hé ahí hasta dónde llega el talento de esos *grandes personajes*, de esos príncipes de Israel! ¡Hacer pasar plaza de un gran criminal á un orate, para poder pasar ellos plaza de grandes hombres!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué talento! ¡qué talento!...

— ¡Herodes! — guturó irritado Anás.

— Silencio, viejo estúpido; silencio, pavo real, á quien los años se le llevan las plumas de la cola... Mi corte no es como las asambleas en que tú figuras como primer personaje, y delante de mí no habla nadie sin hallarse autorizado para hacerlo.

— ¡Herodes, tú nos insultas!...

— ¿Y yo no me veo insultado por vosotros, cuando prendéis á un vasallo mio, cuando tomándome por un maniquí deseais hacerme juguete de vuestros planes tenebrosos, y al efecto intentais que condene á muerte, como si fuera un grande criminal ó un pobre loco, que no tiene para morir otro crimen que el de haberos con sus locuras caido en desgracia, ó el de haberos parecido una víctima á propósito, para inmolarla en aras de vuestros planes sediciosos, y de vuestras tenebrosas conspiraciones?... Y si este insulto recibo de vosotros, ¿no tengo derecho á devolveros al rostro la inmunda baba que pretendíais arrojar al mio? Yo no me prestaré nunca á correr el ridículo de ponerme á vuestro servicio, para que os valgais de mí como se vale de un instrumento... Vosotros y yo nos conocemos bastante, para que hayamos de andarnos en cumplidos.

Y marcándoles la puerta de la antesala con el aire del mas soberano desprecio, les dijo:

— Esperad allí... Vuestra presencia me repugna.

Los acusadores viles, que tan tremenda humillacion acababan de sufrir, pidieron á Satanás todo el odio que cabe en el ángel rebelde, para anonadar á Herodes con una sola mirada, y Satanás, dócil á su ruego, les dió todo lo que tenia; les dió su odio profundo, irreconciliable, pero dióles tambien su impotencia y su desesperacion.

Y así, rojos de vergüenza, y bramando de ira, salieron del salon de emperadores, sin darse cuenta de lo que les pasaba; sin poderse explicar su indefinible situacion.

Mientras tanto, llegaban á sus oidos las sonoras carcajadas de Herodes y sus cortesanos, que celebraban la vergonzosa humillacion de los acusadores de Cristo, y dirigian al Señor chanzonetas de mal género, chanzonetas que del palacio del tetrarca pasaron á nuestras tabernas. Al fin y al cabo esto era natural, porque los seres que habitaban aquel y que frecuentan estas, tienen en muchos puntos un parecido asombroso, el parecido que tienen los dos ojos de un mismo rostro.

Cuando el rey acabó de reir, porque los hijares le dolian, los cortesanos cesaron tambien de hacerlo, como dejan de rodar las ruedas de una máquina, cuando el motor se para. Entonces el tetrarca dijo:

— Preciso es que sigamos la broma. Ellos han querido presentarme un loco, y yo quiero decir públicamente á Jerusalem, que el rey de Galilea se ha divertido con los judíos. Y para que Pilatos y el pueblo conozcan lo que piensa Herodes de Jesús de Nazareth, fuerza será que salga de aquí vestido como suele vestirse á los orates. ¡Que traigan, pues, una túnica blanca!

Uno de los cortesanos dejó el salon, para dar las disposiciones oportunas, al objeto de que los deseos del rey tuvieran puntual y rápido cumplimiento.

Y mientras tanto, Herodes continuaba:

— ¿Puede darse prueba mas ostensible de la inocencia del Nazareno? ¿Puede hacerse correr ridículo mas grande á los príncipes de la sinagoga? ¡El gran criminal, el tenebroso conspirador, el temible sedicioso es un loco!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡Qué penetracion la de esos príncipes; qué penetracion!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

## CAPÍTULO X.

De Herodes á Pilatos.

Las risas y homéricas carcajadas duraron por largo tiempo. El motivo que las producía daba mayor regocijo á Herodes y á su corte, que no se lo hubiera dado la noticia de que Tiberio juntaba la Judea toda á la tetrarquía de Galilea, y daba al tetrarca el título y la efectividad de rey de Israel.

Y era aquella alegría, porque Herodes en aquel momento se vengaba de muchas maneras, maneras que no nos permitiremos describir, porque el tetrarca y su corte se encargaran de hacerlo mejor de lo que nosotros lo haríamos.

Oigámosles:

— Habéis estado á la altura de vuestra posicion, — le dijo un cortesano, cuando las carcajadas hubieron mitigado, — y cada dia que tengo la dicha de presenciar vuestros actos, me penetra mas de admiracion por vuestro talento insigne.

— Sin duda que he tenido una buena ocurrencia. Des-